

## XXXIV. COMUNIÓN, COMUNIDAD Y COMUNICACIÓN

14 de Junio de 1989

Muy queridos todos en SM:

Mis últimas cartas han sido bastante extensas. Esto explica en parte el largo tiempo transcurrido entre ésta y la precedente. Presiento que esta carta será no sólo larga sino muy larga.

Les escribo sobre tres temas íntimamente relacionados: la comunión, la comunidad y la comunicación. Las tres palabras tienen la misma raíz, pertenecen en consecuencia al mismo árbol, coexisten y no pueden existir sino coexistiendo.

Aún más, considero que el tema de la presente carta está muy relacionado con varias otras. Pero dejo que ustedes mismos entablen las relaciones con cartas anteriores. Por mi parte, me largo a escribir sin más.

### 1. COMUNIÓN

#### *A. Seres personales*

Comienzo presentándoles la doctrina sobre la persona según nuestro Papa actual, Juan Pablo II. Tratándose de un pensador, no es fácil leerlo sin pensar. Hagamos el esfuerzo.

Nos dice la Escritura que Adán estaba solo antes de haber encontrado a Eva. Esta soledad de Adán puede ser entendida como la “subjetividad” del hombre, que se constituye mediante el autoconocimiento. De igual modo, Adán era capaz de elegir, de decidir, de “autodeterminarse” por sí mismo. Adán está solo también por su “relación única, exclusiva e irreplicable con Dios mismo” (*Catequesis* del 24-X-79).

Ahora bien, esta realidad subjetiva y trascendente del ser humano es, desde el mismo principio, “participada por una pareja, hombre y mujer, y es, por consiguiente, fundamentalmente social” (Idem, *Solicitud rei socialis*, 29).

El ser humano, creado a imagen de Dios es varón y mujer. Cuando Adán se despertó del profundo sueño causado por la acción de Dios (Génesis 2:21) se encontró varón frente a una mujer: “hueso de sus huesos y carne de su carne”. En el sueño de Adán está contenido un “segundo yo, también personal, y relacionado con la situación de soledad (subjetividad) original, esto es con el proceso de estabilización de la identidad del hombre”. Este “segundo yo” es como esencial al “yo primitivo”, a la identidad y a la subjetividad del hombre. No hay sujeto humano sin otro sujeto (Idem, *Catequesis* del 7-XI-79).

Por eso, la soledad es descubrimiento de una doble realidad: la subjetividad trascendente y la relacionabilidad a otra persona. La persona es comunión interpersonal y espera de tal comunión. Dios ha creado al ser humano como “persona para la persona” en “reciprocidad de existencia”. El ser humano es a imagen y semejanza de Dios a través de su humanidad y a través de la “comunión de personas que el hombre y la mujer forman desde el principio” (Idem, *Ibid.*; cf. *Catequesis* del 21-XI-79):

“Cada ser humano es imagen de Dios como creatura racional y libre, capaz de conocerlo y amarlo. Leemos además que el ser humano no puede existir ‘solo’ (Gn.2:18); puede existir solamente como ‘unidad de los dos’ y, por consiguiente, en relación con otra persona humana. Se trata de una relación recíproca, del hombre con la mujer y de la mujer con el hombre. Ser persona a imagen y semejanza de Dios comporta también existir en relación al otro ‘yo’. Esto es preludio de la definitiva autorrevelación de Dios, Uno y Trino: unidad viviente en la comunión del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo” (Idem, *Mulieris dignitatem* 7).

De la comunión de personas en el matrimonio nace la familia. Efectivamente, la familia es una comunidad de personas, para quienes el modo de vivir y de existir es la comunión. Y, en cuanto comunidad de personas, la familia es la primera sociedad humana, una institución básica para la vida de cualquier sociedad.

Concluyendo, el ser humano es, por su íntima naturaleza un ser social y no puede vivir ni desplegar sus cualidades sin relacionarse con los demás. El desarrollo de la persona humana y el crecimiento de la sociedad están mutuamente condicionados. El fundamento

antropológico de cualquier comunidad se encuentra en la misma persona humana (Cf. *Gaudium et spes* 12, 24-25; Juan Pablo II, *Christifideles laici*, 37).

### ***B. Anhelos de unidad universal***

Echemos ahora una mirada en torno. Miremos lo que sucede en el mundo actual y en la Iglesia que peregrina junto a él.

No hay duda de que nuestro mundo de hoy se caracteriza por un fuerte movimiento hacia la unidad. Esta búsqueda es tenaz y perseverante y no se detiene ante los numerosos fracasos. Existen numerosos signos reveladores de este movimiento:

- La presencia de organizaciones internacionales a diferentes niveles de realidad.
- Las necesidades comunes creadas por los medios de comunicación social.
- La nueva interdependencia orgánica del comercio y la política.
- La multiplicación de viajes, encuentros y eventos de todo género a niveles internacionales.

Al mismo tiempo hay que afirmar la existencia de numerosos hechos que contradicen el ansia y anhelo de unidad. Valga mencionar entre ellos: los conflictos étnicos en diversas partes del mundo, las numerosas tensiones entre unidad-autonomía al interno de numerosas naciones y la escandalosa distancia que suele separar a pobres y ricos.

Estas tensiones muestran la necesidad de un nuevo tipo de relaciones y de afirmaciones de identidades abiertas a la solidaridad. La unidad no puede ser masificación ni la pluralidad división u oposición.

### ***C. Dinamismo de comunión eclesial***

El mismo Espíritu que opera el movimiento de unidad en el mundo obra en la Iglesia el don de la comunión.

La Iglesia de hoy procura recuperar en forma reanovada su tradicional “*koinonia*” como respuesta a las expectativas de los hombres y mujeres de nuestros días.

La eclesiología contemporánea se esfuerza por mostrar la función de Cristo en su Iglesia y la unión de cada fiel con Él, y en Él de todos entre sí. Se recupera así el concepto y la realidad de Cuerpo de Cristo, de Pueblo y Familia de Dios y, en una y otra palabra, de Comunión (Cf. *Documento de Puebla* 240-241, 246-248; Juan Pablo II, *Christifideles laici*, 18-20).

La eclesiología de comunión puede ser considerada el fruto maduro del Concilio Vaticano II. Aunque el término no aparezca explícitamente en los textos conciliares, su realidad forma el horizonte de toda la eclesiología conciliar. En la relación final del Sínodo extraordinario de 1985 podemos leer:

“La eclesiología de comunión es la idea central y fundamental en los documentos del Concilio (...) Mucho se hizo en el Concilio para que la iglesia como comunión fuera entendida más claramente y llevada a la vida de modo más concreto” (II,C).

Cuando el Concilio formula su eclesiología de comunión tiene siempre ante sus ojos el modelo de la Trinidad. Para probar esta afirmación bastaría leer los siguientes textos:

- *Lumen Gentium* 1-4: la Iglesia como muchedumbre reunida por la unidad del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo.
- *Gaudium et Spes* 40: “Nacida del amor del Padre Eterno, fundada en el tiempo por Cristo Redentor, reunida en el Espíritu Santo...”
- *Ad Gentes* 2-4: La Iglesia peregrinante es, por su naturaleza, misionera, puesto que toma su origen de la misión del Hijo y de la misión del Espíritu Santo, según el propósito de Dios Padre (Cf. LG 17).

- *Unitatis Redintegratio* 2: El supremo modelo y principio del misterio de la unidad de la Iglesia es en la trinidad de personas la unidad de un solo Dios Padre e Hijo en el Espíritu Santo.

La comunión es un misterio. ¿Porqué? Porque se refiere a la vida íntima de Dios y viene de Dios. El Padre envió al Hijo y al Espíritu para que haya comunión entre los humanos. Jesús entregó su Espíritu y se hizo “cuerpo entregado” y “sangre derramada” para que haya comunión en la tierra. El Espíritu Santo se donó en pentecostés para que todos seamos uno en Cristo Jesús.

“La realidad de la Iglesia-Comunión es, por consiguiente, parte integrante, mejor aún, representa el contenido central del ‘misterio’, es decir: del designio divino de salvación de la humanidad” (Juan Pablo II, *Christifideles laici*, 19).

La relación e interpenetración mutuas y plenas entre las Personas en la Santísimo Trinidad (“pericoreosis”), hechas de donación y acogida mutua, es el modelo fontal de toda unidad, comunión, comunidad y comunicación. Y Cristo en cruz es la manifestación más elocuente del amor trinitario, por eso sólo a través de la cruz podemos acceder al «ágape» del Dios Triunidad.

La comunión es siempre fruto de la entrega, pasa por la cruz y por el olvido de sí mismo a fin de afirmar a los otros. Cristo reunió a los “dispersos” por medio de su muerte en cruz y su ulterior resurrección: ¡sin muerte y vida no hay unión! Muerte y vida que se traducen cotidianamente en: mutuo perdón, compasión, acogida, servicio, afecto mutuo, ayuda recíproca, alegría y buen humor...

Y la comunión siempre crea comunión, o sea: la comunión es difusiva en sí misma. No hay comunión de ser sin comunión en misión. La comunión es siempre misionera así como la misión es para la comunión.

Nuestra vocación cristiana es una vocación a la unidad. Dios nos ha llamado a la paz en Cristo, “para formar un solo cuerpo” (Col.3:15), en el Espíritu Santo.

“Que todos sean uno, como tú, Padre, en mí y yo en ti, que ellos también sean uno en nosotros” (Jn.17:21).

“Porque aún siendo muchos, un solo pan y un solo cuerpo somos, pues todos participamos de un solo pan” (I Cor.10:17).

“Uno solo es el cuerpo y uno solo el Espíritu, como también es una la esperanza que encierra la vocación a la que habéis sido llamados; un solo Señor, una fe, un bautismo; un Dios que es Padre de todos, que está sobre todos, actúa en todos y habita en todos” (Ef.4:4-6).

“¡Habéis sido llamados a la comunión!” (I Cor.1:9).

Las familias, las parroquias, los institutos de vida consagrada, nuestras comunidades de base, las diferentes formas de asociacionismo eclesial y los movimientos eclesiales dan testimonio de esta realidad comunional en la Iglesia de hoy. He aquí como se expresaban nuestros Obispos en Puebla años atrás:

“Se vive la comunión en núcleos menores, la comunión en las familias cristianas, en las comunidades eclesiales de base y en las parroquias. Se realizan esfuerzos para una intercomunicación de parroquias. Se vive la comunión intermedia, la de la iglesia particular o diócesis, que sirve de enlace entre las bases más pequeñas y lo universal. De igual manera, se vive la comunión entre diócesis a nivel nacional y regional, expresada en las Conferencias Episcopales y, a nivel latinoamericano, en el Celam. Existe la comunión universal que nace de la vinculación con la Sede Apostólica y con el conjunto de las iglesias de otros continentes. La Iglesia de América Latina posee conciencia de su vocación específica, del papel y aporte al conjunto de la iglesia universal, en esta comunión eclesial que tiene su expresión culminante en nuestra adhesión al Santo Padre, Vicario de Cristo y Pastor Supremo. La actividad ecuménica, expresada en el diálogo y en los esfuerzos conjuntos por la promoción humana, se inscribe en el camino hacia la unidad anhelada“ (104-108; Cf. 273).

#### **D. Comunión de carismas**

La palabra “carisma” es ya moneda corriente en el lenguaje pedestre. La extensión del uso puede haberse convertido en abuso. Al mismo tiempo, quizás, el término haya perdido su sentido profundo y religioso. Veamos de qué se trata y como viene al cuento.

La eclesiología de Comunión ofrece el fundamento para una correcta relación entre unidad y pluralidad en la Iglesia. En el contexto de una Iglesia Comunión hemos de elaborar las relaciones mutuas no sólo con los Obispos, sino también con todos los estados de vida (laicos, ministros sagrados, consagrados por la profesión de los consejos evangélicos).

En la Iglesia-Comunión los estados de vida existen coligados entre sí, de manera que se ordenan recíprocamente. Si bien su sentido profundo es único y común, cada uno tiene su fisonomía original e inconfundible y al mismo tiempo existen en relación de servicio (Cf. Juan Pablo II, *Christifideles laici*, 55).

La unidad-plural de la Iglesia no se agota en los diferentes estados de vida, sino que se revela más rica y variada por la pluriformidad de carismas y la comunión entre ellos.

Cualquier vocación o forma de vida cristiana genuina es una vida en el Espíritu y, por lo mismo, una vida carismática.

Al recibir el Espíritu Santo todos hemos recibido el «carisma superior» de la caridad (I Cor.13:1). Además, cada uno en el Cuerpo de Cristo desempeña un servicio o función, y es el Espíritu quien lo ha habilitado para eso. Por eso todo cristiano es un carismático:

“Cada cual tiene de Dios su gracia particular, unos de una manera, otros de otra” (I Cor.7:7).

“A cada cual se le otorga la manifestación del Espíritu para provecho común” (I Cor.12:7).

“Cada uno de nosotros ha recibido su propio don, en la medida que Cristo los ha distribuido” (Ef.4:7).

“Cada cual ponga al servicio de los demás el carisma que ha recibido, como buenos administradores de las diversas gracias de Dios” (I Ped.4:10).

En consecuencia, la Escritura nos enseña a considerar nuestras capacidades, habilidades y profesiones en toda su hondura: como dones recibidos que se han de ejercer para la construcción de la comunidad (Cf. Ef.4:12).

El Concilio Vaticano II, retomando esta doctrina del apóstol Pablo, nos dice además:

“Estos carismas, tanto los extraordinarios como los más sencillos y comunes, por el hecho de que son muy conformes y útiles a las necesidades de la Iglesia, hay que recibirlos con agradecimiento y consuelo. Los dones extraordinarios no deben pedirse temerariamente ni hay que esperar de ellos con presunción los frutos del trabajo apostólico. Y, además, el juicio de su autenticidad y de su ejercicio razonable pertenece a quienes tienen la autoridad en la Iglesia, a los cuales compete ante todo no sofocar el Espíritu, sino probarlo todo y retener lo que es bueno” (*Lumen Gentium*, 12; Cf. *Ad Gentes*, 28; *Apostolicam Actuositatem*, 3).

Juan Pablo II, en la Exhortación post-sinodal *Christifideles laici*, retoma y amplía esta enseñanza conciliar:

“El Espíritu Santo, al mismo tiempo que confía a la Iglesia-Comunión los diversos ministerios, la enriquece con otros particulares dones e impulsos, llamados carismas. Estos pueden asumir las formas más diversas, sea como expresión de la libertad absoluta del Espíritu que los dona, sea como respuesta a las múltiples exigencias de la historia de la Iglesia (...) Extraordinarios o simples y humildes, los carismas son gracias del Espíritu Santo que tienen, directa o indirectamente, una utilidad eclesial, pues están ordenados a la edificación de la Iglesia, al bien de los hombres y a las necesidades del mundo. Tampoco en nuestros tiempos falta el florecer de carismas diversos entre los fieles laicos, varones y mujeres. Son dados a la persona individual, pero también pueden ser compartidos con otros y así se continúan en el tiempo como una herencia viva y preciosa, que genera una afinidad espiritual entre las personas” (24).

Cuando fuimos bautizados-confirmados fuimos consagrados por el Espíritu Santo, para ser misión en la Iglesia mediante los carismas que el mismo Espíritu nos concedió. Esta capacitación carismática para la misión conoce diferentes modos:

- *Don carismático individual*: caso de los fundadores.
- *Don carismático dual*: compartido en la conyugalidad matrimonial.
- *Don carismático colectivo*: caso de los institutos de vida consagrada, de los movimientos eclesiales y de otros tipos de asociaciones cristianas.

El carisma colectivo o coparticipado implica un modo específico de ser, una específica misión y espiritualidad, estilo de vida y estructura al servicio de la comunión y misión eclesial.

Los carismas colectivos, dones del Espíritu, son un impulso dinámico que se desarrolla continuamente en sintonía con el Cuerpo de Cristo en constante crecimiento; son confiados a grupos humanos para ser vivificados e interpretados, para hacerlos fecundos y testimoniarlos al servicio de la comunión eclesial en los diferentes contextos que ofrecen las culturas.

La participación en un carisma colectivo facilita la formación de los miembros de un determinado grupo, produce una mayor cohesión del mismo, plasma una identidad más firme, da sentido de pertenencia a una familia espiritual, es fuente de creatividad e impulso para responder con presteza a los signos de los tiempos.

Algunos de estos carismas colectivos son compartidos, por don del Espíritu, por personas pertenecientes a diferentes estados de vida, de aquí que sean traducidos en formas de vida secular, sacerdotal y religiosa. Pueden, además, ser considerados como carismas «abiertos» a nuevas formas de presencia y configuraciones a lo largo de la historia.

Todo instituto de vida consagrada, asociación sacerdotal, agrupación misionera, movimientos de iglesia... tiene a su base un carisma como experiencia del Padre, por don gratuito del Espíritu, para edificar y servir al Cuerpo de Cristo (Cf. Pablo VI, *Evangelica testificatio*, 11-12; SCRIS, *Mutuae relationes*, 11). Las señales que caracterizan un carisma de fundación genuino son las siguientes:

- Aporte de real novedad a la vida espiritual de la Iglesia.
- Peculiar efectividad, que puede incluso resultar conflictiva.
- Verificación constante de la fidelidad al Señor y de la docilidad al Espíritu.
- Prudente atención de los signos de los tiempos y circunstancias diversas.
- Voluntad de inserción en la Iglesia.
- Conciencia de la propia subordinación a la Jerarquía.
- Audacia en las iniciativas, constancia en la entrega y humildad en las pruebas y contratiempos.
- No hay carisma genuino y novedad sin sufrimiento interior y cruz. (Cf. SCRIS, *Mutuae relationes*, 12).

Este carisma fundante o carisma de los fundadores está llamado a “ser vivido, custodiado, profundizado y desarrollado constantemente en sintonía con el Cuerpo de Cristo en crecimiento perenne” (Idem, *Ibid.*, 11).

El carisma de fundación es una realidad compleja, al igual toda realidad viva y polifacética. En forma esquemática podemos distinguir en el mismo:

- La habilitación carismática e inspiración del fundador.
- La verificación y enriquecimiento carismático del carisma del fundador por parte de los primeros que se le asocian.

- La progresiva institucionalización del carisma:
  - Institucionalización hacia adentro: normas de vida y estructuras organizativas.
  - Institucionalización hacia afuera: reconocimiento y aprobación eclesial de un estatuto determinado.

Tengamos en cuenta que la primera institucionalización es inmanente al carisma fundacional, y los siguientes pasos de institucionalización han de brotar del mismo carisma y han de permitir manifestarlo y vivirlo en el tiempo y el espacio. Y todo este proceso, por lo demás, no se da sin marchas y contramarchas.

Es de advertir, finalmente, que no es el fundador quien comunica el carisma a quienes se le asocian. Solamente el Espíritu Santo es el autor de los carismas en el cuerpo eclesial y sólo El es quien los comunica. Un grupo nace en torno a un fundador pues un cierto número de personas toma conciencia de su propia gracia vocacional encontrándose con el fundador y se unen luego a él para realizar su propia vocación. Si se quiere se puede decir que el fundador media el carisma por medio de la sintonía espiritual entre él y otros.

Todos los carismas, por muchos y variados que sean, se unifican en la única misión. Los diferentes carismas encuentran su identidad en la mutua relación dentro de la comunión y misión.

Quizás, todo lo que acabo de decirles puede echar un poco de luz sobre lo que hemos vivido estos últimos años. Sobre todo en los primeros años, cuando comenzamos a movernos.

### ***E. Sentir con la Iglesia***

El Papa Pablo VI nos exhortaba, tiempo atrás: no sólo a “sentir con la Iglesia”, sino también a “tener el gusto de la Iglesia”.

Esta invitación del Papa Pablo nos lleva, ante todo, a procurar ser autocríticos antes de ser heterocríticos: consentir y sentirse antes de disentir.

No ignoramos que tener un “espíritu crítico” puede denotar madurez, es decir: capacidad de justa ponderación. Pero no vacilo en considerar el “espíritu de crítica” como un signo de adolescencia o de superficialidad.

Pero, más concretamente, ¿cómo podemos llegar a tener el gusto de la Iglesia? A mi entender el único camino es el de la solidaridad profunda:

- Con los Santos del cielo: íntimos a nosotros por su cercanía a Dios.
- Con la tradición viva y vivificante: dolidos con las miserias y gozosos con las misericordias.
- Con los santos y pecadores que peregrinan en este mundo hacia el Padre: todos unidos en el seno de la madre Iglesia, santa y necesitada de purificación.
- Con los Pastores: llamados a servir a la vida que suscita el Espíritu y a la unidad que se anuda hacia arriba.
- Con los “otros”, aunque puedan pensar o vivir diferentemente: otra misión, otro carisma, otra teología, otra espiritualidad, otro rito litúrgico...

Sentir y gustar, en este contexto, no son un ocio vano sino motivación para una sana ocupación. Nuestra “preocupación” por las cosas del Señor, al igual que san Pablo (I Cor.7:32), ha de ser por todas las Iglesias (Cf. II Cor.11:28). Pero entendámonos bien, “preocupación” no significa carga mental u obsesión afectiva, sino dedicación y ofrenda de la propia vida. Es así como se preocupaba también san Bernardo, quien no vacilaba en afirmar: “No considero ajeno a mí mismo cuanto se relaciona con Dios” (Carta, 20).

El sentir y gustar eclesialmente nos lleva a la comunión eclesial en su doble y pleno sentido:

- Común-uniión: estar en comunión con, unión-con.

- Co-munus (latín: cargo, carga): con-llevar la carga como co-encargados.

Bien nos dice Pablo, “ayúdense mutuamente a llevar las cargas, y así cumplirán la ley de Cristo” (Gál.6:2).

Y pasemos ahora de la comunión a la comunidad. El paso es casi insensible, lo cual demuestra la íntima relación entre ellas.

## 2. COMUNIDAD

### ***A. Misterio de la comunidad***

Todos los cristianos estamos llamados a vivir la única koinonia o comunión, pero la comunión está llamada a expresarse en diferentes formas de comunidades según la gracia recibida.

Lo importante es hundir las raíces en la comunión eclesial y, desde allí, según la gracia del Espíritu, crear comunidades significativas de la comunión y alimentadas por ella.

La comunidad es una realidad teologal, es decir: es lugar de presencia del Resucitado. En el seno de las comunidades el Señor dona su Espíritu e introduce en la relación filial con su Padre. El hermano y la hermana son posibilidad de presencia del Resucitado y de encuentro con El.

El misterio de la comunidad se halla revelado en estas palabras de Jesús: “Donde están dos o tres reunidos en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos” (Mt.18:20). Este texto mateano es la fuente de toda espiritualidad comunitaria.

Pero no hay comunidad sin la vivencia del mandamiento del amor recíproco, tal “como” Jesús nos amó, con la medida de su amor: amor oblativo y sin medida (Jn.15:12-13). Y este amor mutuo encuentra su alimento y sostén en la Eucaristía.

La presencia de Jesucristo en medio a los suyos nace y se robustece mediante el cumplimiento del mandato del amor recíproco. De este modo se convierte en realidad el deseo de Jesús: “Que todos sean uno; Padre, lo mismo que tú estás en mí y yo en ti, que también ellos estén unidos a nosotros” (Jn.17:21).

El Concilio Vaticano II afirma que las palabras antedichas de Jesús “sugieren una cierta semejanza entre la unión de las personas divinas y la unión de los hijos de Dios en la verdad y en la caridad” (*Gaudium et Spes*, 24).

### ***B. Comunidad eucarística***

Sabemos por experiencia, y nos lo confirma la lectura de los textos eucarísticos del Nuevo Testamento, que la Eucaristía es el sacramento de la comunión con Cristo y los hermanos, el sacramento de la solidaridad y de la vida compartida. Ella expresa y produce la comunión solidaria con la vida de Jesús y con todos los creyentes que participan del mismo Pan. Y al mismo tiempo nos compromete a compartir la vida.

Si la comunidad cristiana es sobre todo una comunidad de fe, entonces la Eucaristía, sacramento de unidad, tiene en ella una función suprema que cumplir. Celebrar juntos el sacramento de la unidad nos permite manifestar la unidad ya existente y alimentarla a fin de que crezca hasta su plenitud escatológica.

Los invito ahora, con la gracia del Espíritu, a leer exegéticamente algunos textos bíblicos referentes a la Eucaristía en cuanto creadora de comunidad.

#### **a. Juntos hacia el Señor**

El evangelista Mateo hablando de la búsqueda y encuentro del Señor en la liturgia, dice: “Donde dos o tres estén reunidos hacia mi Nombre, allí estoy Yo, en medio de ellos” (Mt.18:20).

Habrán notado que los reunidos no lo están simplemente “en” sino “hacia”, es decir: orientados en intensa búsqueda del Nombre, o sea, de la Persona. Esto explica una vez más porqué en la asamblea eucarística, el Espíritu y la Esposa gritan: ¡Ven!, ¡Maranatha!

En la Eucaristía buscamos comunitariamente a Jesucristo en tensión hacia lo escatológico, hacia lo último y definitivo. En ella vivimos el primer mandamiento del amor a Dios en el ámbito del segundo mandamiento del amor a nuestros prójimos.

El Evangelio de Juan está todo lleno de Eucaristía (cf. sobre todo el cap. 6). Pero resulta que cuando llega el momento de hablar de su institución, Juan la omite. Y ¿saben qué

hace? ¡Pone en su lugar el mandamiento nuevo: “Amaos los unos a los otros, igual que yo os he amado” (Jn.13:34-35)! Gracias a este amor mutuo, nos dice Jesús: “Quien come mi carne y bebe mi sangre mora en mí y Yo en él” (Jn.6:56).

### **b. El Cuerpo del Kyrios**

En la Eucaristía está presente Jesús inmolado y resucitado, es decir: el Kyrios. Por eso, Pablo habla de la “cena del Kyrios”, la “copa del Kyrios” y la “mesa del Kyrios”. Ahora bien, el título Kyrios conlleva una referencia a la comunidad. Se trata del Kyrios-Señor del universo, del mundo, de la Iglesia, de la comunidad:

“Ninguno de nosotros vive para sí mismo, ni ninguno de nosotros muere para sí mismo. Si vivimos, para el Kyrios vivimos; si morimos, para el Kyrios morimos. Ya vivamos, ya muramos, del Kyrios somos. Porque para esto murió y resucitó Cristo, para ser Kyrios de vivos y muertos” (Rom.14:7-9).

Cuando san Pablo escribiendo a los Corintios les dice: el pan que compartimos es participación y estar en el cuerpo de Cristo (I Cor.10:16-17), se está refiriendo también a ese cuerpo de Cristo que es la comunidad. Por eso mismo, luego afirmará que la unidad efectiva entre todos es un constitutivo de la celebración, caso contrario eso “no es la cena del Señor” (I Cor.11:21).

Más adelante, en I Cor. 11:29, leemos: “Quien come y bebe sin valorar el cuerpo, come y bebe su acta de condena”. ¿Qué significa en este contexto la palabra “cuerpo”? Podemos decir que se refiere a la Iglesia, sin descartar la referencia al Cuerpo eucarístico del Resucitado. En efecto, así lo demuestra la estructura misma de todo el pasaje; además ya antes el Apostol había dicho: “somos todos un solo cuerpo los que participamos de un solo pan” (10:17); y poco después afirmará: “vosotros sois el cuerpo de Cristo” (12:27).

Todo lo precedente nos remite a las palabras del Señor: cuando te acercas al altar para presentar tu ofrenda... Con cierto temor no podemos evitar preguntarnos: ¿Cuando el Señor se nos presenta, además de reunidos nos encuentra también unidos? ¿Nos preocupamos más de la licitud de la celebración (por conformidad con el ritual) que de su autenticidad (por la concordia en la asamblea)?

### **c. Comulgar y compartir**

La primitiva comunidad de Jerusalén nos informa sobre los frutos del “partir el pan en las casas y el comer juntos alabando a Dios” (Hech.2:46-47). A saber: “los creyentes vivían todos unidos y lo tenían todo en común” (2:44), “todos pensaban y sentían lo mismo, poseían todo en común y nadie consideraba suyo nada de lo que tenía” (4:32).

Aún más, el sentido más profundo de esta comida compartida sólo se entiende cuando nos solidarizamos con los miembros más pobres y deshumanizados del cuerpo de Cristo. En efecto, El mismo nos dice: “Cuando des un banquete invita a los pobres, lisiados, cojos y ciegos; y dichoso tú entonces porque no pueden pagarte; te pagarán cuando resuciten los justos” (Lc.14:13-14; cf. 14:21).

Nuestra pobreza evangélica y cristiana nos invita a la solidaridad y comunión con los empobrecidos y a preferir a los humanos quebrados por nuestra inhumanidad. La respuesta generosa a esta invitación no es obra de la carne y de la sangre. Es don del Padre que nos hace entrañablemente solidarios mediante el Cuerpo y la Sangre de su Hijo.

### **C. Variedad de comunidades**

El Nuevo Testamento nos ofrece diferentes modelos de comunidad cristiana. La primitiva comunidad de Jerusalén, “en la que el grupo de los creyentes pensaban y sentían lo mismo (...) y tenían en común todas las cosas” (Hech.5:32), ha sido a lo largo de los siglos un modelo siempre nuevo de vida comunitaria. Y otro tanto se puede decir de la Familia de Nazareth y del grupo de discípulos en torno a Jesús Maestro itinerante.

Sin embargo, todos estos modelos, como ya se los he sugerido, encuentran su última fuente en la comunión trinitaria. Toda comunidad cristiana es participación y manifestación de la Iglesia Comunión, la cual, a su vez, encuentra su origen en la Koinonia o comunidad triunitaria.

La vida cristiana implica siempre una experiencia concreta de comunidad. Esto no significa que todos debamos vivir bajo el mismo techo, tener bolsa común y seguir una



misma disciplina, observancia o regla de vida. Muchísimos cristianos viven una profunda experiencia comunitaria sin tener que vivir siempre juntos en una comunidad institucionalizada. Vivir juntos no significa sin más convivir, ni tampoco es ésta la única manera de vivir la vida de fe en comunidad.

La gran mayoría de ustedes viven la experiencia comunitaria en su comunidad familiar y matrimonial. Y esta experiencia, además de hondamente humana, puede ser profundamente evangélica. No obstante, la experiencia cristiana encontró siempre en las comunidades de vida consagrada mediante los consejos evangélicos una forma radical de experiencia comunitaria.

#### ***D. La comunidad primitiva***

Ya he hecho mención de la primera comunidad cristiana de Jerusalén como fuente de inspiración y modelo creativo de comunidad cristiana. Veamos que nos enseña hoy y aquí a nosotros y a todos.

En el libro de los Hechos de los apóstoles encontramos tres textos que, a modo de sumarios, nos presentan la primera comunidad cristiana en la ciudad de Jerusalén. Estos textos son: 2:42-47; 4:32-35 y 5:12-16.

Nos interesa ante todo destacar las palabras claves utilizadas por san Lucas para describir la unidad que existía entre esos primeros cristianos:

- Comunión-participación: koinonía (2:42)
- En común (2:44; 4:32)
- Unidos-juntos (2:44,47)
- Un solo corazón y una sola alma (4:32)
- Un mismo espíritu (2:46; 5:12)

También resulta interesante constatar el clima emotivo que vivía esta comunidad en medio de la “benevolencia” (2:47; 5:13) del pueblo. Este clima es caracterizado con dos sencillas palabras:

- Temor (2:43; 5:11): en los escritos de Lucas este término indica la reacción humana ante una manifestación divina de presencia y poder.
- Alegría (2:46; cf. Lc.24:52): efecto de partir el pan con sencillez de corazón y de saberse bendecidas por el Señor.

Pero, más concretamente, ¿cuáles eran los elementos que mantenían unidos a estos primeros hermanos en Cristo? Tratamos de saber qué hacían para mantenerse unidos o qué los unía y los hacía crecer en la unión.

Ante todo tenemos que señalar la enseñanza que impartían los apóstoles sobre la vida y doctrina de Jesús. De un Jesús que estaba vivo y del cual los apóstoles eran testigos. Y este testimonio era confirmado por los muchos prodigios que obraban los apóstoles (2:42-43; 4:33; 5:12-16).

Y en íntima relación con lo precedente, todos los creyentes participaban en la vida común compartiendo los bienes espirituales y materiales. Los bienes espirituales: oración en el Templo y en las casas, además de la fracción del pan o celebración de la Eucaristía (2:42,46). Los bienes materiales: comidas compartidas, hoy día diríamos “a la canasta” y coparticipación en otros bienes según las necesidades de cada uno (2:44-45; 4:32-35)

Se nos dice asimismo que algunos vendieron sus propiedades a fin de distribuir el dinero entre los más necesitados. Uno de los hermanos, llamado José -a quien los apóstoles llamaban Bernabé o “hijo del consuelo”- llegó hasta vender un campo a fin de poner el dinero de la venta a disposición de los apóstoles ((4:32-37; 2:44-45). Pero, hay que reconocerlo, no todos obraban así, para mal de ellos y para lección de todos (5:1-11).

Es fácil darse cuenta que un grupo así reunido no era sólo una “multitud” (4:32) sino una verdadera comunión de convocados, es decir, una “iglesia” (5:11).

San Lucas nos enseña que la finalidad de la comunidad cristiana es hacer presente y actual el Reino de Dios. El Reino de Dios se manifiesta en las comunidades cristianas. Y

los pilares básicos de este Reino son la filiación en relación a Dios y la fraternidad respecto a los hombres. Ambas son inseparables, al igual que no se pueden separar las dos dimensiones del único precepto del amor a Dios y al prójimo.

Emociona constatar como durante el siglo primero, gracias a la prédica evangélica, este ideal comunitario se propagó a Colosas (Col.3:12-17), Efeso (Ef.4:1-8), Filipos (Fil.2:1-4), Roma (Rom.12:9-13) y hasta los confines del mundo y hasta el día de hoy (Cf. *Perfectae caritatis* 15).

Si creemos en el valor de la comunidad en cuanto tal, si la reconocemos como lugar privilegiado de la presencia del Resucitado que entrega su Espíritu, nos abriremos a este Espíritu a fin de crear y recrear comunidades. Y esto lo hará el Espíritu del Resucitado en la medida en que nos dejemos llevar:

- del celebrar al concelebrar,
- del partir al compartir,
- del sentir al consentir,
- del doler al condoler,
- del vivir al convivir,
- del conmigo al contigo,
- de la vocación a la convocación,
- de la independencia a la interdependencia,
- del yo al nosotros.

La comunidad es un milagro cotidiano y permanente, milagro que sólo puede ser hecho por el Espíritu. Solamente El puede librarnos de la doble y típica tentación: la del gregarismo que disuelve o suplanta la propia individualidad, y la del individualismo que olvida que para ser uno mismo hay que vivir con otros: ser es convivir.

A pesar de todo siempre es mejor amar la pobre comunidad real en la que vivimos que enamorarnos de una encantadora comunidad ideal. ¡La comunidad es para mi si yo soy para la comunidad!

### ***E. Movimientos de Iglesia***

En los últimos tiempos se ha multiplicado al infinito la literatura sobre los movimientos y asociaciones en la Iglesia. Y aunque no hayamos leído nada al respecto conocemos el hecho por propia experiencia: hace ya años que estamos en movimiento viviendo la comunión de diferentes comunidades.

Si bien no se trata de un fenómeno nuevo, podemos sí hablar de una “nueva época asociativa” dentro del laicado católico.

Sólo deseo, en este apartado, compartirles lo que nos acaba de enseñar el magisterio del Papa Juan Pablo como fruto del Sínodo de 1987 (Cf. *Christifideles laici*, 29-30).

Si bien estas asociaciones, comunidades, grupos, movimientos, etc., difieren desde varios puntos de vista entre sí, conservan no obstante una profunda convergencia respecto a la finalidad que los anima: participar responsablemente en la misión de la Iglesia, misión que consiste en presentar el evangelio de Cristo como fuente de esperanza y de renovación para el ser humano y la sociedad.

Las *causas* que motivaron y motivan este fenómeno asociativo son de diverso tipo y corresponden a exigencias diversas:

- Responde, ante todo, a la naturaleza social de la persona humana.
- Obedece a la necesidad de una más vasta y eficaz acción evangelizadora, acción con verdadera incidencia cultural.
- Ayuda a vivir las exigencias del Evangelio de manera más coherente y a empeñarse en la misión de la Iglesia.
- Responde, sobre todo, a la necesidad de obrar y significar la comunión y unidad de la Iglesia de Cristo.

Esta última causa indicada, causa de orden eclesiológico, es el fundamento del derecho asociativo de todos los fieles cristianos en la Iglesia (Cf. Vaticano II, *Apostolicam actuositatem*, 19; Código de Derecho Canónico 215). Y, por otro lado, muestra la necesidad

de discernir la autenticidad eclesial de las diversas asociaciones (grupos, comunidades y movimientos).

¿Cuáles serían los *criterios* fundamentales para poder discernir la “eclesialidad” de las asociaciones en la Iglesia? En síntesis, según la *Christifidelis laici* (30), son los siguientes:

- Primado de la vocación a la santidad en la vida de cada uno: manifestada por los frutos del Espíritu y el crecimiento hacia la perfección de la caridad.
- Responsabilidad de confesar la fe católica: en obediencia al Magisterio de la Iglesia, que la interpreta auténticamente.
- Testimonio de una comunión firme y convencida: en relación con el Papa y los Obispos, y en la estima de todas las formas de apostolado y asociación.
- Conformidad y participación en el fin apostólico de la Iglesia: a fin de ser agentes de la nueva evangelización.
- Compromiso por una presencia en medio de la sociedad humana: construyendo condiciones más justas y fraternas en el seno de la misma, según la doctrina social de la Iglesia.

Es fácil darse cuenta como estos cinco criterios, en su individualidad y en su conjunto, se refieren a la Iglesia en cuanto misterio de comunión misionaria.

Por lo demás, estos criterios prestan un servicio no sólo a los pastores sino también a los mismos miembros de las asociaciones.

- Útiles para los pastores: a fin de discernir y animar, corregir y aconsejar.
- Útiles para los miembros de las asociaciones: a fin de orientar la vida y la acción para que todo en la agrupación sea “a imagen de la Iglesia”.

Estos criterios fundamentales se han de verificar en los *frutos* concretos producidos en la vida y obra de las diversas asociaciones. Como pueden ser:

- Renovado gusto por la oración, la contemplación, la vida litúrgica y sacramental.
- El estímulo para que florezcan vocaciones al matrimonio cristiano, al sacerdocio ministerial y a la vida consagrada.
- La disponibilidad a participar en los programas y actividades de la Iglesia, sea a nivel local, sea a nivel nacional o internacional.
- El empeño catequético y la capacidad pedagógica para formar a los cristianos.
- El impulsar a una presencia cristiana en los diversos ambientes de la vida social, y el crear y animar obras caritativas, culturales y espirituales.
- El espíritu de desprendimiento y de pobreza evangélica que lleva a desarrollar una generosa caridad para con todos.
- La conversión a la vida cristiana y el retorno a la comunión de los bautizados “alejados”.

Espero, una vez más, que lo recién expuesto nos pueda ser útil para autocomprendernos, para ser coherentes con la gracia recibida y para abundar en acciones de gracias al Señor que todo lo hace bien.

### 3. COMUNICACIÓN

Nuestro Dios no es un Dios solitario ni tampoco es un Dios incomunicado. Es un Dios trinitario, comunitario y comunicado. La comunicación recíproca de las tres Personas

divinas constituye el único Dios-Amor. La santísima Trinidad es proceso de comunicación y relación permanente entre el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. Por la comunicación constante, Dios es amor, comunión y comunidad.

Porque hemos sido creados a imagen y semejanza de Dios, la realidad de la comunión y de la comunidad sólo pueden darse allí donde existe la comunicación y el diálogo.

Ya les escribí, en un par de cartas precedentes, sobre el diálogo y la comunicación. Vuelvo ahora a retomar el mismo tema, lo hago desde una perspectiva un poco diferente, no contraria, sino más bien complementaria.

### **A. Modelo básico**

No he olvidado que hace ya varios años dos de ustedes nos ofrecieron un cursillo sobre comunicación interpersonal. Deseo, según mi memoria y comprensión, sintetizar el modelo básico que nos presentaron. Respondía a estas preguntas: quién dice qué y cómo, a quién y con qué efecto. El proceso se articula así.

- Un *emisor* que:
  - Desde un marco de referencia (creencias, valores, educación, afectividad, situación anímica del momento) personal,
  - Codifica y transmite por distintas vías significativas (miradas, gestos, tono de voz, palabras),
- Un *mensaje*, que es recibido por,
- Un *receptor*, que:
  - Recibe según su propio marco referencial,
  - Interpreta el mensaje,
  - Y se pone en relación con el emisor.

Este simple modelo nos muestra la doble y principal limitación en toda comunicación interpersonal:

- El emisor nunca puede codificar y significar exactamente su mensaje: la vida escapa a la fuerza expresiva de cualquier código o signo.
- El receptor tiende a interpretar el mensaje desde su propio marco referencial.

¿Cómo sortear esta limitación? La manera más sencilla, pero no por eso fácil, consiste en la “información de retorno”. Es decir, el receptor manifiesta cómo ha entendido el mensaje y de qué forma le ha afectado. Pero para que esta “retro alimentación” sea efectiva ha de tener en cuenta los siguientes principios:

- Ha de ser más bien descriptiva y no valorativa: se trata de contar y no de juzgar.
- Debe ser concreta y del momento: “En este momento me parece...”
- Si la comunicación ha tenido lugar en el seno de un grupo conviene verificar si las impresiones son meramente subjetivas o compartidas por otros.

### **B. Niveles de comunicación**

En todo encuentro interpersonal se dan varios niveles de comunicación o, mejor aún, niveles de voluntad de manifestarse. Se los presento esquemáticamente. Nuestro nivel habitual de comunicación nos dice algo, o mucho, de nuestras relaciones o formas de relacionarnos.

- Nivel *quinto*: conversación convencional

- Se reduce a saludos y frases formales propias de encuentros casuales y ceremonias. Se trata de rutina que sigue un ritual convencional. Cada uno es un desconocido para el otro y continúa siendo tal.
- Nivel *cuarto*: noticias o información
  - No se da nada o muy poco de uno mismo, ni se invita al otro a darse. En este nivel se habla de los ausentes pero apenas se implican los presentes. Se habla de todo un poco y de nada en concreto, se trata de pasar, bien o mal, el tiempo. Es la comunicación que se da habitualmente entre simple conocidos.
- Nivel *tercero*: intercambio de ideas
  - El mensaje consiste en ideas presentadas como opiniones. No falta en este nivel un cierto temor a la censura mutua de las respectivas opiniones. Los temas religiosos, políticos y sociales caen en este nivel, sobre todo cuando se manifiesta lo que se piensa y no sólo lo que se sabe. Es el nivel de comunicación corriente entre compañeros, socios y familiares.
- Nivel *segundo*: comunicación de sentimientos
  - Los sentimientos o emociones son lo que más diferencia a las personas. Las «vísceras» nos individualizan más que las cabezas. Este nivel de comunicación implica correr el riesgo de mostrarnos como somos con toda honestidad. Demanda un ámbito de intimidad y es propia de los amigos y de aquellos que verdaderamente se aman. Toda comunicación que desea ser camino hacia el encuentro con otro no puede soslayar este nivel.
- Nivel *primero*: encuentro comunicativo
  - Se trata de comunicar las propias existencias. Cuando dos soledades salen de sí en mutua solidaridad nace la intimidad y se da el encuentro. Implica ser uno mismo y dejar ser, en aceptación incondicional, abiertos a la mutua transformación. En este nivel de comunicación la sabiduría de la palabra está en manifestar el silencio del misterio.

¿Se dan cuenta que aún podríamos agregar otro nivel? El nivel del diálogo espiritual, nivel en el que se juega la aventura trascendente de cada uno de nosotros en nuestra respuesta de fe, esperanza y caridad. Pero de esto ya les he escrito extensamente.

### ***C. Evaluación de la comunicación***

Espero que todos estemos de acuerdo con esta afirmación: no existe la comunicación perfecta ni el perfecto comunicador. Esto significa que siempre hay lugar para el crecimiento. Y un medio para dicho crecimiento es la evaluación.

Las personas humanas aprendemos reflexionando y analizando nuestras propias experiencias. Podemos aprender mucho sobre la comunicación si simplemente nos preguntamos:

- ¿Cuándo hemos hecho la experiencia de una buena comunicación y qué elementos contribuyeron a ello?
- ¿Cuándo hemos hecho la experiencia de una mala comunicación y qué elementos contribuyeron a ello?

Es más que probable que en respuesta a la primera pregunta aparezcan realidades como éstas: Había confianza mutua. Tratamos de ser honestos. Me sentí escuchado. Estábamos mutuamente presentes. Nos esforzamos con éxito por compartir los sentimientos. Preguntábamos cuando no nos entendíamos. Nos habíamos propuesto una meta común. El desacuerdo no fue causa de desvalorización personal...

Y en respuesta a la segunda pregunta: Faltaba apertura. Había emociones encubiertas y racionalizadas. Hablamos pero no nos escuchamos. No quisimos cambiar la propia opinión.

Había susceptibilidades y expectativas. Las palabras eran ambiguas. No elaboramos la comunicación no-verbal. La autoestima fue mutuamente herida...

Y ambas listas podrían continuar. Y me parece importante que las continúen.

Ahora bien, si tratamos de sintetizar las actitudes fundamentales que fomentan una buena comunicación y el clima que se crea gracias a dichas actitudes, nos quedamos con lo siguiente.

**-Actitudes:**

- Escucha plena
- Presencia de atención
- Apertura a lo diferente
- Cuidado por el otro
- Deseo de elaborar sentimientos

**-Clima:**

- Autoestima
- Confianza mutua
- Silencio
- Confidencialidad
- Finalidad

Trataré ahora de precisar mejor cada una de estas actitudes y el clima que es fruto de las mismas.

- *Escucha plena:* Sentirse escuchado es clave en toda comunicación. Todo lo que atenta contra la autoestima produce ansiedad y ésta incapacita para escuchar. Pedir información o clarificación pueden ser una forma de hacer sentir que se escucha. La comunicación no-verbal es muy importante, pero cuidado con las interpretaciones gratuitas, cuando hay dudas lo mejor es preguntar verbalmente.
- *Presencia de atención:* Estar totalmente presente, sin distracciones, y con toda atención es una forma de respetar, valorar y afirmar.
- *Apertura a lo diferente:* La comunicación se facilita cuando se muestra voluntad de cambio y capacidad de integrar nuevas opiniones. Si ya desde el inicio tengo mi opinión formada y cerrada me será más difícil acoger e integrar la opinión de otros.
- *Cuidado por el otro:* Si no te importa la comunicación o quien se te comunica ya estás interfiriendo o cortando la comunicación. La falta de interés o cuidado y los descuidos son heridas graves en toda relación.
- *Deseo de elaborar sentimientos:* Pretender comunicarse evitando siempre cualquier conflicto es empresa imposible. Y los conflictos despiertan sentimientos y emociones y éstas, a su vez, realimentan los conflictos. La elaboración de los sentimientos asegura la resolución de los conflictos.

Hasta aquí las actitudes, veamos ahora el clima positivo para la comunicación que ellas generan.

- *Autoestima:* Nos abrimos más fácilmente a la comunicación cuando nos sentimos bien con nosotros mismos y cuando nos afirman y confirman en esta bondad. La autoestima nos abre a la comunicación al igual que la poca estima de nosotros mismos nos cierra a la misma.
- *Confianza mutua:* Donde hay aceptación y respeto suele haber confianza mutua; y donde hay madurez humana también la hay. Confrontar todo lo que erosiona la confianza es un medio importante para mejorar el clima y, en consecuencia, la comunicación.
- *Silencio:* Sentirse bien en el silencio refuerza el buen clima de la comunicación. Pero el silencio es polifacético, puede tener muchos sentidos y gravitar sobre la comunicación en muy variadas formas. Cuando existen dudas sobre un silencio determinado lo mejor es esclarecerlas.
- *Confidencialidad:* Cuando existe un acuerdo básico sobre la confidencialidad de lo que se habla se suele ser más espontáneo y honesto. No se trata de crear misterios en vano, pero sí de proteger la intimidad e interioridad.

- *Finalidad:* Aclarar la finalidad de la comunicación puede ayudar a ajustar las expectativas o poner de lado posibles agendas ocultas.

¿Cómo evaluar nuestra comunicación? Evaluemos los elementos arriba reseñados, sobre todo las actitudes, pero sin desdeñar el clima, resultado directo de las actitudes de los comunicantes.

#### **D. Líderes comunicativos**

Recuerdo haberles hablado y escrito en varias otras oportunidades acerca del liderazgo. Lo vuelvo a hacer también hoy pero en un sentido bastante limitado: en el contexto de la comunicación. No excluyo, obviamente, otros modelos de liderazgo, pero deseo subrayar el modelo del líder comunicativo.

La comunidad, desde el punto de vista de las ciencias psicosociales, se constituye por la red de relaciones que liga a las personas entre sí. Estas relaciones se dan principalmente en tres dimensiones:

- *Afecto mutuo:* creando amistades y sentido de familia.
- *Actividad conjunta:* que reclama organización y permite efectividad.
- *Valores compartidos:* que orientan hacia fines determinados.

Ahora bien, cuando una comunidad va creciendo en un sano proceso de maduración, podemos notar en ella una condición global constituida por algunas características concretas. Entre ellas se impone mencionar:

- Una *integración orgánica* de todos sus miembros: cada uno es responsable de todos y todos de cada uno. Unida al sentido de pertenencia y a una apertura y capacidad de integrar nuevos miembros.
- Un *sentido de realismo:* que permite aceptar a cada uno como es. Unido a una conciencia de límites que se abre a la autocrítica.
- Una *colaboración entusiasta:* que deja de lado todo afán de competencia y rivalidad. Unida a una orientación clara y definida hacia metas concretas.

En este contexto, la tarea principal del líder comunicativo consiste en: reforzar la red de comunicación que interrelaciona a los miembros de la comunidad. Concretamente, el líder procurará que la comunicación sea más:

- *Actual:* el pasado o el futuro en relación con el presente.
- *Directa:* sin rodeos ni ambigüedades.
- *Espontánea:* no distorsionada por prejuicios o defensas.
- *Auténtica:* en íntima relación con la vida real.

No ignoro que esta forma de actuar por parte del líder trae aparejados algunos problemas, sobre todo: la emergencia de la agresividad latente, que habrá que elaborar y canalizar.

Pero las ventajas que se pueden lograr valen el precio que se paga por ellas. El primer fruto de este tipo de liderazgo es una mayor cohesión de la comunidad. Y esto por dos motivos: se reduce la ansiedad respecto a los otros como desconocidos y aumenta la aceptación profunda y amigable.

El segundo fruto que cabe destacar es el siguiente: los objetivos de la comunidad son más hondamente compartidos y más fácilmente alcanzados. El consenso sobre los objetivos hace que todos quieran poner el hombro para alcanzarlos.

Y hay aún otro fruto. La misma comunidad crea sus propias estructuras caracterizadas por la originalidad, pues han nacido de ella misma, y por la flexibilidad que permite espacio para cada uno.

Para concluir este apartado, les presento las once características destacables en cualquier gran líder, que aunque existen pocos, existen. Notarán que la comunicabilidad ocupa un lugar central, aunque no el único.

- *Logros inmediatos y concretos*: no dejar para mañana lo que se ha de solucionar hoy, y poco importa el peso de su importancia.
- *Capacidades estratégicas*: la reflexión ha de preceder y seguir a la acción.
- *Empatía interpersonal y grupal*: sentirse y sentir lo que el otro y el grupo siente, sintonizar.
- *Sentido de ubicación comunitaria*: saber “caer en gracia” siendo o no siendo gracioso.
- *Percepción objetiva de la realidad*: los elefantes no vuelan, aunque a mí me encantaría que así fuera.
- *Capacidad de comunicación y de comunicar a los demás entre sí: los seres vivos y vivientes son orgánicos e interdependientes.*
- *Discernimiento del sentido de los acontecimientos*: todo hecho se convierte en acontecimiento cuando se descubre su porqué (motivo) y para qué (fin).
- *Fuerza de convocación, motivación y orientación*: arrastre convergente e impulso hacia una meta.
- *Presentación de un ideal atrayente*: los valores se comunican de palabra, pero aún más con la propia vida.
- *Conciencia de la Presencia divina dinamizando o apoyando*: ¡siervos inútiles somos, no hemos hecho sino lo que debíamos hacer!
- *Sentido del tiempo y del servicio*: saber retirarse a tiempo puede ser el mejor servicio.

#### ***E. Aforismos sobre la comunicación***

Continuando con la comunicación les presento ahora una serie de máximas o aforismos. Podrán encontrar en ellos doctrina y orientaciones prácticas. El número de ellos es arbitrario, podría continuar con la lista, pero deseo que la completen ustedes mismos.

- El Hijo de Dios encarnado es la más perfecta comunicación entre Dios y el hombre.
- Creados a imagen de Dios somos y estamos en esencial comunicación con su comunión.
- El ser humano es uno-en-relación, por eso es un ser-en-comunicación.
- El ser humano mujer, por estar más identificado en la relación, es más rico en comunicabilidad y necesitado de comunicación.
- La ausencia, presencia y forma de comunicarnos afecta nuestro modo de ser.
- La comunicación es para la persona como el aire para la vida.
- Siempre comunicamos o nos comunicamos, la no-comunicación es inexistente y la incomunicación comunica.
- Para oír basta estar, oímos aún sin quererlo; pero para escuchar hay que querer, ser y dejar ser.
- La aceptación de la persona no implica la aceptación de sus ideas, y el desacuerdo de ideas no ha de implicar rechazo de la persona.



- Para comunicarme mejor tengo que conocerme, poseerme y entregarme.
- En la unión de comunión, conozco a quien amo.
- No hay comunión ni comunidad sin comunicación, pero la excesiva comunicación puede destruir tanto la una como la otra.
- No es cuestión de hablar todos la misma lengua y no entendernos, sino de hablar diferentes lenguas entendiéndonos.
- Los más locuaces suelen ser los menos comunicativos.
- Desde la plenitud del silencio se habla con sentido, y se calla con sentido desde la plenitud de la palabra.
- Quien jamás ha escuchado el silencio es mejor que se calle.
- Acortar distancias no es sinónimo de cercanía, al igual que estar informado no es equivalente a estar comunicado.
- La comunicación implica intimidad, es decir: profundidad y reserva, su centro está más allá de la posible comunicación verbal.
- La comunicación es nuestra vocación y ha de plenificarse en la comunión.

En fin, allí donde la comunicación no es posible, tampoco lo es la comunidad. Y donde no es posible el diálogo es imposible la convivencia.

#### ***F. Diálogo comunitario***

En su primera Carta encíclica, *Ecclesiam suam*, el Papa Pablo VI nos habló del diálogo. Entre sus características enumeraba: claridad, afabilidad, confianza y prudencia pedagógica. Cuando el diálogo se practica así, nos decía: «se realiza la unión de la verdad con la caridad, de la inteligencia con el amor». Y agregaba: “la dialéctica de este ejercicio (...) nos hará sabios, nos hará maestros” (83-86).

Hay muchas maneras de entender el diálogo. Decimos que dialogar es: ser verdadero, decir la verdad y hacer la verdad en el amor. Ubicándome en un nivel práctico digo que: dialogar es comunicarse amigablemente e interactuarse cooperativamente en vistas a un fin común. Dialogar es exponer y proponer sin imponer la propia visión de la realidad.

Pero descendamos a lo concreto de la práctica. Veamos esquemáticamente las actitudes básicas, la forma de escuchar y hablar, y los servicios necesarios en un grupo de diálogo que, además de dialogar, desea evaluar.

- Actitudes:
  - Mirarse y mirar con simpatía.
  - Donarse con generosidad.
  - Acoger con solicitud.
  - Responsabilizarse de los sentimientos y emociones.
- Escuchar:
  - Con el oído y el corazón: entendiendo y amando.
  - Con interés y respeto: dejando ser y manifestarse.
- Hablar:
  - Claramente: con verdad.
  - Tranquilamente: con paz.
  - Confiadamente: sin temor.
  - Comprometidamente: sin teorizar.
  - Prudentemente: con oportunidad.

- Esencialmente: con precisión.
- Y además:
  - No monopolizar la reunión.
  - No interrumpir al que habla.
  - No contradecir la opinión de otros.
  - Relativizar la propia opinión.
  - Responder a quien pregunta.
  - Aceptar al moderador.
  - Proponer lo que es factible.
  - ¡Escuchar, escuchar, escuchar!
- Servicios:
  - Moderador:
    - Ante todo:
      - Está al servicio del grupo.
      - Es responsable de la cohesión y tarea.
    - Cualidades generales:
      - Sentido grupal e imparcialidad.
      - Confianza en el grupo.
      - Capacidad de integrar sin anular.
      - Sentido del humor.
    - Funciones básicas:
      - Plantear el tema de la reunión.
      - Animar la participación sin coaccionar.
      - Proponer y recibir sugerencias.
      - Sintetizar ideas.
      - Reflejar ideas y sentimientos.
      - Moderar la marcha del proceso grupal.
      - Concluir la reunión.
    - Ha de evitar:
      - Presionar al grupo.
      - Decir: «yo», «hagan», «cállate».
      - Críticas personales.
      - Que se dirijan a él y no al grupo.
      - Expresar con palabras lo que puede decir con gestos.
      - Responder preguntas que podrían ser respondidas por otros.
      - Herir al que no sabe terminar cuando le sugiere sintetizar.
      - Dar la palabra a quien habló más cuando la solicita quien habló menos.
  - Secretario:
    - Cualidades generales:
      - Fidelidad a lo expresado.
      - Capacidad de síntesis.
      - Comunicabilidad.
    - Funciones básicas:
      - Anotar lo que se dice.
      - Resumir las conclusiones.
      - Confrontar sus notas con el grupo.
      - Comunicar su informe.
- Evaluar
  - ¿Tiempo y lugar apropiados?

- ¿Cómo nos escuchamos y hablamos?
- ¿Contenidos claros?
- ¿Cohesión amistosa?
- ¿Participación alternada?
- ¿Metas logradas?
- ¿Servicios satisfactorios?
- ¿Necesidad de ulteriores aclaraciones?

Todo lo que precede nos permite discernir con facilidad las falsificaciones del diálogo. Por ejemplo: el pseudodiálogo partidista en el que cada parte procura sacar el mejor partido; el pseudodiálogo proselitista en el que se trata de lograr la mayoría; el pseudodiálogo de los “vivillos” en el que el éxito consiste en dejar sin palabra a los demás; el pseudodiálogo de la polémica en el que no se busca la verdad sino imponer “mi” verdad; el pseudodiálogo dictatorial en el que se busca escuchar pero no escuchar...

La literatura sobre la dinámica de grupos es abundantísima, esto me permite dejar acá el tema. Les sugiero, no obstante, leer reflexivamente algún buen manual práctico al respecto.

Y ya es más que hora de acabar esta larguísima carta. Pareciera que el deseo de comunicarme la ha prolongado más allá de la medida. Justo ahora que estoy acabando se me ocurren otras ideas: no les he dicho nada sobre los medios de comunicación de masa, ni sobre el ecumenismo, el diálogo interreligioso, la interculturalidad...

Peor aún, apenas si he hecho referencia a la familia que es la célula básica de toda comunidad, incluida la comunidad eclesial. Se trata de una realidad tan importante que merece un libro y no sólo una carta.

Sí, concluyo, pero no deseo hacerlo con mis propias palabras. Me hago portavoz de ese otro Bernardo, el que fue abad de Claraval.

“El amor inunda nuestros corazones por el Espíritu Santo que se nos ha dado. Que no se divida la iglesia; que permanezca íntegra por derecho hereditario. Por eso, pensando en ella, quedó escrito: ‘de pie a tu derecha está la reina con un vestido bordado en oro, enriquecido con diversas galas’. Y así, hemos recibido todos diversos dones, unos uno, y otros otro. Los cluniacenses, los cistercienses, los clérigos regulares, todos los fieles del laicado, lo mismo que toda Orden, toda lengua, toda edad, todo sexo, todo estado de vida, en todo lugar y tiempo, desde el primer hombre hasta el último (...) Formemos todos la misma túnica, para que sólo tengamos una, tejida por todos. Sí, una única entre todos. Aunque seamos muchos y muy distintos, para Él sólo existe una paloma mía, hermosa mía y sin defecto. Por lo demás, ni yo solo ni tú sin mí, ni el otro sin nosotros dos, sino todos a la vez, tejemos esta túnica, si de verdad nos empeñamos en guardar la verdad con el vínculo de la paz” (*Apología 6-7*).

En comunión mariana, por la comunicación del Espíritu, en la comunidad de la Iglesia, Cuerpo de Jesús. Con un abrazo grande.

*Bernardo*